

Señorita Bertignac, no veo su nombre en la lista de exposiciones orales.

El señor Marin me observa de lejos, la ceja levantada, las manos apoyadas en su mesa. Había subestimado su radar de larga distancia. Yo que esperaba el sobreseimiento, y me pillan in fraganti. Veinticinco pares de ojos se vuelven hacia mí, esperando la respuesta. *El cerebritito* pillado en falta. Axelle Vernoux y Léa Germain se burlan en silencio, sus manos en la boca, una decena de brazaletes tintineando de placer en sus muñecas. Si pudiese hundirme cien kilómetros bajo tierra, a la altura de la litosfera, eso me ayudaría un poco. Odio las exposiciones orales, odio tomar la palabra delante de la clase. Una falla sísmica se abre a mis pies, pero nada se mueve, nada se hunde, preferiría desmayarme allí mismo,

de repente, fulminada, mis zapatillas Converse en abanico, los brazos en cruz; el señor Marin escribiría con tiza en la pizarra: Aquí yace Lou Bertignac, la mejor alumna de la clase, asocial y muda.

—... Iba a apuntarme.

—Muy bien. ¿Qué tema ha elegido?

—Los sin techo.

—Es un poco general, ¿podría ser más precisa?

Lucas me sonrío. Sus ojos son inmensos, podría ahogarme en su interior, desaparecer, o dejar que el silencio engullera al señor Marin y a toda la clase con él, podría coger mi bolsa Eastpack y salir sin decir palabra, como sabe hacerlo Lucas, podría pedir perdón y confesar que no tengo la menor idea, que he dicho eso al azar, que voy a pensar en ello, y luego hablaría con el señor Marin después de clase para explicarle que no puedo, una exposición oral ante toda la clase está simplemente por encima de mis fuerzas, lo siento, traeré un certificado médico si es necesario: inaptitud patológica a las exposiciones orales de cualquier clase, con sello y todo, y estaría eximida. Pero Lucas me mira y comprendo que espera que salga de ésta, está conmigo, piensa que una chica como yo no puede ridiculizarse delante de treinta alumnos, tiene el puño cerrado, un poco más y lo levantaría sobre su cabeza, como los hinchas de

fútbol animando a los jugadores, pero de pronto el silencio se vuelve pesado, como en el interior de una iglesia.

—Voy a hacer un retrato del itinerario de una joven sin techo, de su vida, esto..., de su historia. Quiero decir..., cómo es que se encuentra en la calle.

Un escalofrío recorre la clase. Murmullos.

—Muy bien. Buen tema. Cada año aumenta el número de mujeres sin hogar, y cada vez son más jóvenes. ¿Qué fuentes documentales piensa utilizar, señorita Bertignac?

No tengo nada que perder. O tanto que ya no se puede contar con los dedos de una mano, ni siquiera de diez, empieza a ser infinitamente grande.

—Un..., un testimonio. Voy a entrevistar a una joven sin techo. La conocí ayer, y ha aceptado.

Silencio ceremonioso.

Sobre su folio rosa, el señor Marin anota mi nombre y el tema de mi exposición oral, la apunto para el 10 de diciembre, eso le dejará tiempo para realizar investigaciones complementarias, recuerda algunas consignas generales, máximo una hora, contexto socioeconómico, ejemplos, su voz se pierde, el puño de Lucas se ha abierto, tengo alas transparentes, vuelo por encima de los pupitres, cierro los ojos, soy una minúscula mota de polvo, una partícula invisible, soy ligera como un suspiro. Suena la

campana. El señor Marin nos autoriza a salir, guardo mis cosas, me pongo la chaqueta, me llama.

—Señorita Bertignac, me gustaría decirle unas palabras.

Se acabó el recreo. Ya me conozco la historia, unas palabras en su recuento personal se convierten en miles. Los demás se rezagan para salir, les gustaría enterarse de algo. Mientras espero me miro los pies, mis cordones están sueltos, como de costumbre. ¿Cómo es posible que con un coeficiente de inteligencia de 160 no pueda atarme un puñetero cordón?

—Cuídese con esa historia de la entrevista. No vaya a tener encuentros desagradables, debería pedir a su madre o a su padre que la acompañen.

—No se preocupe. Lo tengo todo organizado.

Mi madre hace años que no sale de casa y mi padre llora a escondidas en el cuarto de baño. Eso es lo que debería haberle dicho.

Con una raya definitiva, el señor Marin me hubiera tachado de la lista.

Paso a menudo por la estación de Austerlitz, los martes o los viernes, cuando las clases terminan antes. Voy allí para ver los trenes que salen, por lo de la emoción, es algo que me gusta, ver la emoción de la gente, por eso mismo no me pierdo los partidos de fútbol en la televisión, me encanta cuando se abrazan después de marcar un gol, corren con los brazos levantados y se abrazan; y también *Quién quiere ser millonario*, hay que ver a las chicas cuando dan la respuesta correcta, se tapan la boca con las manos, echan la cabeza hacia atrás, hasta gritan, con lagrimones en los ojos. En las estaciones es distinto, la emoción se adivina en las miradas, los gestos, los movimientos, hay enamorados que se separan, abuelitas que se van, damas con amplios abrigos que abandonan a hombres de cuello levantado, o a la inversa; observo a esa gente que se va, no se sabe adónde, ni por qué, ni por